

DOMINGO VI DEL TIEMPO ORDINARIO (B)
Homilía del P. Josep-Enric Parellada, monje de Montserrat
12 de febrero de 2012
Lev 13, 1-2. 44-46 / 1Cor 10, 31-11, 1 / Mc 1, 40-45

Queridos hermanos y hermanas,

El evangelista san Marcos, que nos acompañará a lo largo de todos los domingos del tiempo ordinario de este ciclo litúrgico, se desarrollando, a base de pequeños relatos, la trama de la vida de Jesús, el cual, inmediatamente después de haber tomado la decisión de ir en forma itinerante por los diversos pueblos de Galilea, tal como acababa el evangelio del domingo pasado, chocó con uno de los dramas humanos y sociales más crueles de su época: la lepra.

Dado que no se conocían las causas biológicas de la mayoría de enfermedades, estas eran consideradas, casi siempre, un castigo de Dios. El enfermo, además de llevar el sufrimiento de su enfermedad, tenía que cargar sobre sí con el estigma de ser un pecador. Las enfermedades incurables comportaban una exclusión social y no inspiraban ningún tipo de compasión o ternura, sino aversión y repugnancia.

Esta exclusión social era implacable con la lepra y los leprosos. Eran los excluidos por excelencia y se veían obligados a vivir fuera de las ciudades y les estaba prohibido, bajo pena de muerte, aproximarse a cualquier persona. Cuando alguien pasaba cerca de ellos y no se había dado cuenta de su presencia, el leproso tenía que gritar: ¡impuro, impuro! para que no se le acercaran, tal como nos ha sido descrito en la primera lectura (Lv 13, 45). La mayoría de los rabinos consideraban que el leproso era en realidad un muerto, que no merecía más atención o compasión que cualquier persona fallecida. Alejados de toda convivencia humana en parajes inhóspitos, esperaban que alguien, normalmente los familiares, los llevaran comida, que depositaban a distancia para que no hubiera ningún tipo de contacto.

En este contexto social nos encontramos con la sorpresa de que un leproso rompe el muro legal y religioso que le excluía de la convivencia, y haciendo un gesto osado de valentía y confianza, no sólo no se aleja de Jesús sino que se le acerca y se postra de rodillas (1, 40). Sus palabras son una proclamación de fe y una fórmula de adhesión: "*si quieres, puedes limpiarme*".

Cualquier persona, considerada mínimamente sana, se habría apartado inmediatamente de él y como obra de misericordia no lo habría denunciado para que no lo condenaran a muerte. Pero la insondable personalidad de Jesús nos demuestra que él veía las cosas de otra manera: no todo lo legal es justo, ni todo lo que es socialmente correcto es humanamente aceptable. Jesús se encuentra, una vez más, ante el conflicto de someterse a la Ley o servir a la persona.

El texto nos muestra que la motivación de Jesús para actuar es siempre la misma: la compasión y la ternura, Jesús "*sintiendo lástima...*" dice el texto (1, 41). Jesús, como el Padre del cielo, vive con entrañas de misericordia. Esta compasión no es un simple sentimiento, sino algo más profundo que le lleva a hacer algo absolutamente nuevo: "*extendió la mano y lo tocó, diciendo: Quiero: queda limpio*".

La curación del leproso es una acción llena de intención y profundamente significativa, que deja clara una serie de cosas importantes: en primer lugar, la actitud de Dios hacia los marginados y los excluidos de todo tipo. En segundo lugar, es manifestación de la fuerza salvadora y liberadora que hay en la persona de Jesús, sólo en él encuentran

respuesta los múltiples interrogantes, sufrimientos y tristezas que tan a menudo hay en el corazón de los hombres; y además, del gesto de curar al leproso, de acercarse a él, de tocarlo, nace, para sus seguidores de todos los tiempos, la exigencia de actuar siguiendo su ejemplo. Desgraciadamente, sin embargo, en nuestros días son muchas las situaciones de exclusión, de lepra (que afecta a numerosas personas de los países más pobres del planeta), de racismo, de xenofobia, de crítica y de juicio de la forma de ser de los demás.

El problema de fondo está en la orientación que cada uno quiere dar a su vida. San Pablo, en la segunda lectura, hacía referencia a dos formas muy diferentes de vivir: se puede buscar el propio bien o se puede seguir a Cristo haciéndolo todo para gloria de Dios. Y en esta segunda opción es decisivo, lo que a finales del siglo II escribía San Ireneo de Lyon: la gloria de Dios es que el hombre viva; y nosotros podríamos añadir: ya sea leproso, sidoso, magrebí, de otra raza o cultura o que no piensa como yo.

Hermanos, en Jesús, Dios se ha acercado a cada uno de nosotros y nos ha hecho llegar un gesto de su ternura, tocando nuestras llagas más profundas. Este gesto se renueva ahora en la Eucaristía.